

La belleza humana es la consecuencia de una buena salud.

A un cuando para un sapo nada hay más bello que su sapa, es lo cierto que, elevando la categoría de la belleza al ser humano, todavía no ha sido posible hacer una definición perfecta de la belleza, pues mientras en el Perú y en el Brasil suelen considerarse como la máxima belleza la transformación, que logran artificialmente, de sus cabezas en forma de pirámide y de cubo, en el África Central, para ser bellas las mujeres, han de estropearse los labios; y en la India, perforarse la nariz; y en Groenlandia, cortarse las orejas; y en Anán, teñirse los dientes; y en Túnez, llegar a la máxima obesidad posible.

Cuentan que Praxiteles se valió, para esculpir su Venus, de doce hermosísimas muchachas griegas, de cada una de las cuales fué copiando aquella parte del cuerpo que en ella había más hermosa. Y así, por mera imitación de la Naturaleza, si bien depurándola, esto es, apartando lo imperfecto y defectuoso y tomando por selección lo mejor, vino el artífice a crear la soberana imagen de la diosa.

La fiebre desarrollada en estos últimos años por los sucesivos concursos para designar reinas de la belleza de las distintas regiones y Estados, y de entre todas seleccionar la «Miss Universo», ha culminado con la reciente costumbre norteamericana de elegir el tipo de belleza masculino. Ni en uno ni en otro sexo puede lograrse ese galardón apetecido sin encontrarse en posesión de una perfecta salud. Y de igual manera que la belleza asienta siempre en un ser plétórico de salud, invirtiendo los términos podríamos decir que logrando una buena salud se está en camino de tener una excelente belleza.

Puede afirmarse de un modo rotundo que el Praxiteles de nuestros tiempos es el higienista, y que la higiene será la encargada de lograr en el ser humano viviente la eliminación paulatina de aquello que hubiera sido rechazado por el genial escultor griego para crear su diosa: el perfeccionamiento de los elementos utilizables y la conservación de los que ya de suyo estuvieran incluidos entre lo bello.

Puede decirse que, en principio, no hay mujer fea. Todas, en mayor o menor grado, gozan de una belleza indefinida, de algún encanto material o psíquico que los hombres interpretan según su personal criterio; pero será la Higiene la que avalore, exalte y perfeccione las distintas gradaciones de la belleza. Una Higiene que vele

por el individuo desde la infancia para que, por el hábito y la educación física, vayan perfeccionando su arquitectura, las cualidades de su piel, la elegancia y la gracia de sus movimientos, alejando a la vez las causas de desarmonía física y de decadencia orgánica.

Puede establecerse una constante relación entre la armonía funcional orgánica y la armonía estética de cada individuo, puesto que la salud no es más que la belleza en las funciones de la vida.

Y si creemos, con Platón, que «la belleza constituye el bien supremo de la tierra», y con Balzac que «la fealdad es un dolor que se conserva toda la vida», no es de extrañar que desde toda la vida exista la preocupación de aumentar la belleza. Los antiguos habían logrado grandes perfeccionamientos en la cosmética, asegurándose que Cleopatra consiguió hacer un verdadero tratado de esta ciencia con su libro *De medicamine pocimi*, que fué quemado en Alejandría.

De entonces acá, las cosas han evolucionado extraordinariamente, y a la cosmética se ha unido la gimnasia y el masaje, y la misma moda, para lograr no sólo aumentar la belleza, sino hacerla más durable, hasta ver si es posible emular aquellos ejemplos que nos brinda la historia en las mujeres cuya belleza desafió ventajosamente a los estragos de la edad, Ninón de Lenclos, la Maintenón, Diana de Poitiers.

Y nosotros vamos a utilizar las páginas de esta nueva Revista, SA UD, para contribuir con nuestros consejos a facilitar el máximo perfeccionamiento posible de la belleza de nuestras amables lectoras, con la esperanza de que siguiendo nuestros consejos—ni atrevidos ni peligrosos—hallarán esos resultados que hoy son la obsesión de la juventud. Preocupaciones muy modernas y por tantos conceptos dignas de atención científica y técnica, en evitación de grandes males.

JUAN FALA

«Venus y el Amor». Escultura en mármol, de Tenarini, existente en la Biblioteca Nacional

